

palabras de un escritor muy célebre (1), y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: „Huid de esos hombres que á pretexto de explicar la naturaleza siembran en los corazones doctrinas destructoras.....Derrribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crimen, las esperanzas de la virtud, y aun se precian de ser los bienhechores del género humano. Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos, y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.”

(1) J. J. Rousseau.

INMORTALIDAD

DEL ALMA.

Si fijamos nuestra vista en el teatro de este mundo, no podremos ménos de admirarnos de dos cosas; de los afanes innumerables con que el hombre se fatiga debajo del sol, como dice el Sabio, y de la brevedad de su frágil destino. ¡Cuántas agitaciones, cuántas inquietudes en este mundo que habitamos! Aquí se ven políticos entregados á vastos proyectos cuya gloria esperan recoger algun dia; allí sabios sumergidos en penosas investigaciones para adquirirse fama; allá atrevidos especuladores que quisieran sujetar por sus combinaciones los caprichos de la fortuna, esperando disfrutar algun dia del reposo en el seno de la abundancia, y por todas partes pueblos enteros dedicados á perpetuas tareas, al comercio y á las artes, y cifrando en no sé que bienes que se les escapan el colmo de su felicidad. Todo gira de este modo en un con-

tinuo torbellino de proyectos, de negocios y placeres. ¡Pero cuántas esperanzas frustradas! Todo lo que aparece en la escena del mundo no brilla en ella mas que un instante; lo que hoy vive mañana dejará de existir; la generacion presente irá á confundirse con las generaciones pasadas; los imperios, los hombres, todo perece, y nosotros mismos pisamos todos los dias la tierra que nos ha de servir de sepulcro. Y en medio de estas perpetuas vicisitudes de generaciones que pasan y de generaciones que empiezan, ¿no seria juicioso preguntarnos á nosotros mismos si todo acaba con el cuerpo? Esos personajes que se han hecho ilustres por sus virtudes, esos hombres célebres cuya memoria vive en los anales de los pueblos, nuestros padres en fin cuyos huesos reposan entre nosotros, ¿no serán ya mas que un vil polvo? ¿Se encerrará todo mi ser bajo de la losa del sepulcro? ¿Habrá por ventura mas allá de la vida presente otra vida enteramente nueva, en que deberé hallar mi felicidad ó mi desgracia? ¿Se ha presentado nunca, señores, una cuestion mas digna de los hombres sensatos? ¿Y quién será el que en todos tiempos y en todas ocasiones habrá podido desterrarla de su pensamiento?

Pascal dijo: „La inmortalidad del alma es una

„cosa que nos importa tanto, y nos interesa tan „profundamente, que para no desear saber lo „cierto en este punto, seria necesario haber per- „dido todo sentimiento. El rumbo que deben „tomar todas nuestras acciones y todos nuestros „pensamientos es tan diferente, segun que haya „ó no bienes eternos que esperar, que es im- „posible dar un paso con juicio y con tino sin ar- „reglarse á esta perspectiva que debe ser nues- „tro primer objeto.” Recordaros pues la inmortalidad de vuestras almas es presentar á vuestro entendimiento el objeto mas grande y mas digno de sus pensamientos. Veamos primero lo que podemos descubrir con solas las luces naturales acerca de la existencia de una vida futura, en que haya recompensas para la virtud y castigos para el vicio. Las poderosas reflexiones que expondrémos en su favor serán tomadas del conocimiento profundo y combinado del hombre y de Dios: tal es el asunto de esta conferencia.

Si queremos descender al fondo de nuestra alma para estudiarla y conocerla, hallarémos en su misma naturaleza, en sus sentimientos, en sus deseos y en sus creencias las reflexiones mas decisivas á favor de su inmortalidad.

La primera reflexion será tomada desde lue-

go de la misma naturaleza del alma, quiero decir, de su espiritualidad. Nosotros vemos el cuerpo del hombre morir, descomponerse, y sin ser aniquilado convertirse en cierta cosa que no tiene denominación fija: el aire, el fuego, el agua, todos los agentes de la naturaleza ejercen su imperio sobre él, como sobre una planta ó sobre el cuerpo de un animal. Pero el alma está fuera de la esfera de las cosas sensibles: pura y sin mezcla, no encierra en sí ningún principio de corrupción; y simple é indivisible como el pensamiento, no puede ser herida por elemento alguno, por activo y sutil que se le suponga. Lo que se llama muerte no es mas que una descomposición de las partes materiales; pero el alma carece de partes, de figura y de situación respectiva de partes entre sí: y si el cuerpo puede perder esta composición de partes distintas, desarreglarse y morir, el alma que nada tiene parecido á esto en su modo de existir, no debe experimentar por su naturaleza semejante destrucción. Establecida ya la diferencia real entre el cuerpo y el alma, y manifestada la distinción de sus sustancias por su naturaleza y propiedades, se concibe por qué la ruina de la una no lleva consigo la de la otra.

No se diga que habiendo sido hecha el alma

para el cuerpo, debe cesar de existir cuando él, y que sin duda volverá entónces á la nada por la voluntad divina. ¿Pero de dónde se saca la extravagante idea de estar limitada la duración del alma en los designios del Criador á solo el tiempo de su sociedad con el cuerpo? Me atrevo á decir que todo clama contra esta suposición: el cuerpo es ciertamente ménos perfecto que el alma, y sin embargo aun despues que la muerte ha roto la unión entre ambos, quedan existentes todas sus partículas, muda de figura, pasa por transformaciones, pero no se aniquila; ¿y quereis que el alma, la mas noble porción de nosotros y tan superior al cuerpo por sus facultades, vuelva otra vez á la nada? Yo tengo sin duda alguna derecho de suponer que el alma del hombre no es de peor condición que un átomo de materia; y si desde la creación no hay un solo ejemplar del aniquilamiento del menor de los átomos, ¿no podré creer que el alma no está expuesta á ser aniquilada? Esta es, dijo Fenelon (1), la preocupación mas razonable, la mas constante y decisiva: á nuestros adversarios toca arrancárnosla por medio de pruebas

(1) *Lettres sur la religion*: lib. II, cap. II, núm. 6, t. I, edición de Versalles.

claras y convincentes. Es una ley general desde la creacion, que ningun ser se aniquile; y si Dios ha hecho contra el alma una excepcion de esta ley, corresponde al materialista darnos la prueba de esta voluntad particular del Criador.

Tampoco se nos diga que el alma separada del cuerpo estaria sin vida, privada de sentimiento, y en un estado de estupor y de muerte; ¿pues en qué se funda semejante idea? Es cierto que en el actual orden de cosas el alma depende del auxilio y accion de los órganos para el ejercicio de sus facultades, y que por ellos recibe mil sensaciones diversas que son para ella ricos materiales de una multitud de conocimientos; pero no es el ojo que tiene la sensacion de la luz, ni la oreja la del sonido: estos órganos son el vehículo y no el centro de las sensaciones; son el instrumento y no el principio de nuestros conocimientos. ¿Y quién nos ha dicho que el alma no podrá algun dia dejar de necesitar de su ministerio, y que Dios no sea bastante poderoso para hacer sin ellos lo que ha querido que se haga en este mundo por su medio? Advertid como aun en este mundo se desprende el alma en ciertas ocasiones de las impresiones de los sentidos y de la imaginacion, y sale del limitado círculo de las sensaciones y

experiencias particulares para remontarse hasta las nociones generales de orden, de justicia, de belleza y de verdad: notad como por su propia actividad es capaz de las mas profundas especulaciones; como se recoge de tiempo en tiempo en sí misma, como en una especie de santuario inaccesible al tumulto de las cosas sensibles, para alimentarse solo de la contemplacion de la verdad; y ¿quién sabe si este imperio y esta independencia se aumentarán mas luego que esté desembarazada de los lazos del cuerpo? El alma y el cuerpo se resisten naturalmente por sus cualidades opuestas; y lo que mas debe admirar es que dos seres tan diferentes, y que solo el poder de Dios ha sido capaz de reunir, esten de concierto en sus operaciones y en mútua dependencia. Despues de la muerte queda sujeto el cuerpo á movimientos del todo ajenos á la accion del alma que ya no le gobierna, y el alma vive de ideas, de pensamientos, y de conocimientos independientes de la impresion de los órganos. Los mismos paganos conocieron que así debia ser; y que rotas por la muerte las cadenas de la prision del alma, volaria mas ilustrada y mas perfecta hácia las moradas celestes. Ciceron en su *Tra-tado de la vejez*, despues de haber referido la

doctrina de Pitágoras, de Sócrates, de Platon y de Ciro moribundo, observa que la naturaleza nos ha colocado mas bien bajo de una tienda de campaña que en una morada fija, y pone en boca de Caton estas palabras: „¡Oh dia feliz „aquel en que saliendo del fango de esta tierra „me eleve hácia la asamblea divina de los es- „píritus que me han precedido!”

Así, pues, para resumir esta primera consideracion, diré que, por el mismo hecho de ser el alma un ser simple, no puede la muerte del cuerpo, que es un compuesto, causar la del alma, y que todo nos induce á creer que la voluntad positiva del Criador es la de no aniquilarla; y ved como su espiritualidad nos suministra una poderosa reflexion á favor de su duracion despues de la muerte del cuerpo.

La segunda reflexion nace de ciertos sentimientos íntimos del alma que son comunes á todos los hombres. Todos tenemos dentro de nosotros mismos cierto presagio y cierto presentimiento de una vida futura. Porque si no, ¿á qué fin ese secreto deseo de sobrevivirnos á nosotros mismos, y de eternizar nuestro nombre en la memoria de nuestros semejantes que experimenta el aldeano igualmente que el sabio y el guerrero? El sabio quiere immortalizarse por

sus obras, el guerrero por sus hazañas; y apeteciendo el aldeano vivir á lo ménos en la memoria de sus hijos, se aflige con la idea de poder ser olvidado de ellos, y quisiera unir su nombre al edificio que ha levantado, al árbol que ha plantado y al terreno ingrato que ha sabido fertilizar; pero sobre todo parad la atencion en ese deseo inmenso de celebridad que domina á los hombres famosos, y que extendiéndose hasta la posteridad mas remota, se alimenta con la idea de que sus grandes y bellas acciones llamarán la atencion de todas las edades. ¿Y á qué todo esto, si no estuvieran poseídos de una especie de esperanza de gozar ellos mismos de su gloria en los siglos futuros?

En todos tiempos se ha ensalzado, y con razon, el heroismo de aquellos que han sabido morir por su patria. Este sacrificio de la vida presente puede muy bien explicarse supuesta la inmortalidad del alma; pero si todo se limitase al sepulcro, la actual existencia seria el supremo bien; y siendo la vida de un valor infinito comparada con la nada, la ley suprema seria vivir, y una verdadera inconsecuencia morir por sus semejantes. En efecto, señores, el hombre no arrostra la muerte sino porque ve en ella un tránsito á otra segunda vida; en lo cual

el sentimiento domina la razon, aun en el materialista de opinion, á quien yo diria: Al morir por vuestra patria aspirais á la gloria; pero si despues de la muerte no existis ya mas que en la estatua ó en el lienzo que os pueda representar, ¿qué os importan los cánticos del poeta, los elogios del orador ó las relaciones de la historia? Sin estar animado Caton de los sentimientos puros que inspira el cristianismo, procedia de buena fe diciendo: „Yo no hubiera „emprendido nunca tantos trabajos civiles y „militares, si hubiera creido que mi gloria debiese acabarse con mi vida . . . Pero no sé como mi alma, elevándose sobre sí misma, parecia creer que saliendo de esta vida empezaria „á vivir.” Ved, pues, señores, como ese amor á la gloria de que estaban poseidos los hombres célebres tenia su origen en la esperanza secreta de una vida que debia empezar despues de la muerte.

La tercera reflexion á favor de la inmortalidad del alma tiene su origen en sus mismos deseos. Me explicaré: Nacido el hombre sensible, desea la felicidad y se dirige á ella como á su último fin; y no encontrándola sobre la tierra, ¿no es preciso que la busque en otra mejor vida? Demos á estas ideas la extension conve-

niente. Descended, señores, al fondo de vuestros corazones; escuchad allí en el silencio de los sentidos y de la imaginacion la voz de la verdad, y cada uno de vosotros dirá ingenuamente conmigo: mi alma experimenta no sé que deseo de ser feliz, que nada de lo terrestre puede satisfacer; busco con ansia cierta cosa que no pueden darme las criaturas; corro tras una sombra que siempre huye de mí; mas de una vez suspiro á pesar mio de disgusto y de tedio, y quisiera un placer puro, fijo y permanente, pues comprendo que la felicidad solo se halla en un corazon cuyos deseos esten todos satisfechos. ¿Pero adonde se encuentra toda esta satisfaccion? ¿Hay un solo mortal que la haya disfrutado sobre la tierra? Que venga, si le hay, y revélenos este secreto. Salomon, en medio de sus magníficas diversiones, de sus deliciosos jardines, de la riqueza de sus tesoros, del esplendor de su gloria y de la abundancia de los placeres, confiesa que no es feliz; ¿y por qué? Porque sus oidos no se sacian jamas de oir, sus ojos de ver, ni su corazon de desear. Conquista Alejandro el universo, y la tierra enmudece ante él; pero fatigado, mas bien que saciado de gloria, suspira y llora en medio de los trofeos del mundo vencido. Tiberio disgustado

del poder, corre á encerrarse en la isla de Capri, y busca en el refinamiento del libertinage lo que no pudo hallar en la grandeza; pero Tiberio se engaña, la felicidad no habitará con él en la morada de sus torpezas, sentirá su miseria, y se verá precisado á confesarla á la faz del mundo entero. ¡Qué ejemplos tan memorables de la nada de las cosas humanas, y de su insuficiencia para hacernos felices! Los he recordado para haceros conocer cuanta es el ansia del corazon humano, y cómo se ven frustradas sobre la tierra todas sus esperanzas.

Entrando ahora dentro de mí mismo, me digo: Yo deseo ser feliz, esta es la necesidad mas imperiosa de mi alma, y la inclinacion necesaria de mi naturaleza: yo no me he dado á mí mismo este deseo, ni está en mi arbitrio despojarme de él; le he recibido de Dios con el ser y la vida; y siendo el término á que me hace caminar sin cesar, ¿no será necesario que tarde ó temprano me haga llegar á él? ¿Seria un Dios de verdad si me engañase en los deseos que él mismo me inspira, señalándome un término, y dejándome en la imposibilidad de alcanzarle? Y si esta dicha, para la que yo siento íntimamente que me ha destinado, no existe para mí sobre la tierra, ¿no será necesario que la haya

puesto mas allá del sepulcro? Todo marcha en la naturaleza a su fin particular; el sol y los demas astros con sus movimientos regulares llenan todo su destino; los animales cumplen el suyo obedeciendo su maravilloso instinto: ¿y será el hombre el único en la inmensa cadena de los seres que no cumpla el suyo, y á quien haya condenado la Providencia á correr incesantemente hácia él fin de su naturaleza sin conseguirle jamas? Tengamos, señores, ideas mas justas y mas consoladoras de los designios del Criador y de la excelencia de la naturaleza humana.

La creencia universal del género humano me suministra la última reflexion. Los anales de los pueblos antiguos y modernos, atestiguan que el mundo entero ha creído siempre en la vida futura. La supersticion, los vicios y la ignorancia han podido degradar esta creencia; y los sofistas combatirla; pero siempre ha dominado entre todas las naciones de la tierra. Serian inútiles largos pormenores sobre un hecho tan comprobado, y por esto nos limitaremos á algunos testimonios. Era tan universal en la antigüedad esta doctrina, que Ciceron no temió hacer decir á Lelio en su *Tratado de la amistad*: „No puedo sufrir esos novadores que ase-

„guran en nuestros dias que todo concluye en el sepulcro; y para mí tiene mas valor la autoridad de los antiguos, la de nuestros antepasados, la de los ilustres personajes que han sido la gloria y ornamento de la Grecia; y sobre todo la de aquel que fué declarado el mas sabio de todos.” Séneca, en una de sus epístolas, hace observar que, cuando se trata de la inmortalidad de nuestras almas, es de mucha autoridad para nuestro entendimiento el asenso universal de los hombres. Yo no pretendo que Ciceron y Séneca hayan sido tan ilustrados ni tan firmes en su creencia como lo son los cristianos: y mi objeto ha sido solamente citarlos como testigos irrecusables de la fe de la antigüedad. En los autores que han tratado de esta materia hallaréis reunidos los pasages mas positivos sobre la fe de los pueblos antiguos, de los Egipcios, Caldeos, Indios, Griegos, Romanos, Gaulas y Germanos; y para citar solo un ejemplo, hablemos de los Gaulas, cuya antigua creencia puede interesarnos mas como franceses. César nos dice que los Druidas excitaban el valor de sus guerreros, y los exhortaban á desafiar los peligros con la esperanza de la inmortalidad: y esta, dice tambien Lucano, les daba aquel ardor impetuoso que los hacia

correr á la muerte; pues no habia para ellos mayor cobardía que economizar una vida que no se perdía para siempre. Por último, esta creencia de los pueblos se descubre hasta en sus mismas supersticiones y mas ridículas ceremonias, y se deja ver en efecto en los apoteosis, en las visiones de la metempsicosis, en el Eliseo y en el Tártaro de la mitología, en el juicio de Minos y de Radamanto, en la evocacion de las sombras y en el temor pueril á los muertos.

En cuanto á los pueblos modernos bastan las relaciones de los viajeros que han recorrido las diferentes partes del globo. La fe de la inmortalidad del alma se hallaba ya en el nuevo mundo ántes que Cristobal Colon abordase á él. El ilustre Robertson dice: „Nosotros la hallamos establecida de un extremo al otro de la América, mas vaga y oscura en unas regiones, mas clara y perfecta en otras, pero desconocida en ninguna.”

¡Y á quién no admira, señores, esta conformidad general de las naciones y de los siglos? ¡Cosa singular! Cuando los sentidos nada nos dicen acerca de nuestra existencia futura, ni de la duracion de nuestras almas despues de la muerte del cuerpo, y cuando por el contrario

vemos que el hombre muere al parecer todo entero como las bestias, sin que nada nos indique exteriormente la menor diferencia; cuando la experiencia de todos los tiempos y la observacion de todos los dias no nos presentan mas que materia y descomposicion de partes, y que el hombre nace, vive y muere como los demas animales; y cuando, en fin, por todo lo que se presenta á nuestra vista parece que el género humano deberia propender al materialismo mas completo, ¿de dónde ha podido venirle un pensamiento tan extraordinario como el de la inmortalidad del alma? ¿Cómo en medio de las ruinas y de los estragos del tiempo y de la muerte ha podido resonar en todo el universo ese grito de inmortalidad? No lo dudeis, señores, el autor de la naturaleza es el que ha impreso este sentimiento en nuestras almas, así como las ha dotado de inteligencia y de humanidad; y es tan imposible despojarnos de él, como privarnos de la razon y del pensamiento.

Hay en fin, señores, un testimonio constante, universal é irrefragable de los sentimientos, de la esperanza y de la creencia del género humano, que corrobora singularmente las reflexiones que acabo de exponer: hablo del culto religioso de los muertos, conocido en toda la tier-

ra, así en la antigüedad como en los tiempos presentes. ¿A qué fin ese respeto á sus despojos? ¿Esos sepulcros erigidos en su honor, y esos cánticos lúgubres consagrados á su memoria se dirigen á un polvo insensible y vil, ó nacen por el contrario del pensamiento secreto de no ser indiferentes los muertos á los testimonios de nuestro afecto, de ser como testigos de nuestras lágrimas y de nuestra afliccion, y de poder nosotros conservar una especie de sociedad afectuosa con aquella parte de ellos que aun vive?

Hay un pueblo en las extremidades del Oriente que pone sobre los sepulcros diferentes manjares para alimento de los muertos, y entre los idólatras peruanos, las mugeres y los hijos de los Incas se ofrecian á la muerte para honrar los funerales de estos y acompañarlos en el otro mundo. Osian, ó el que ha cantado bajo de su nombre, hace vagar en las nubes las sombras de sus guerreros cazadores, y los supone sensibles á los cánticos que los bardos consagran á su gloria. ¿No tiene todo esto una manifiesta conexion con la doctrina de la vida futura? ¿Pero por qué encanto irresistible colocamos de este modo la vida hasta en la morada de la muerte? „En esto es, dice un escritor céle-

„bre (1), en lo que la naturaleza humana se
 „muestra superior al resto de la creacion, y de-
 „nota sus altos destinos. ¿Conocen las bestias el
 „féretro, ni las conmueven sus cenizas? ¿Qué
 „les importan los huesos de sus padres? ó por
 „mejor decir, ¿conocen á estos acaso despues
 „que han pasado las necesidades de la infan-
 „cia? Solo el hombre, entre todos los seres crea-
 „dos recoge las cenizas de sus semejantes y les
 „tributa un respeto religioso, y á nuestros ojos
 „el dominio de la muerte tiene algo de sagra-
 „do. ¿De dónde nace la grandiosa idea que te-
 „nemos de la muerte? ¿Merecerá un poco de
 „polvo nuestros homenajes? Ciertamente que
 „no; y si respetamos las cenizas de nuestros an-
 „tepasados es porque una voz secreta nos di-
 „ce que no todo ha muerto en ellos: esta es la
 „voz que consagra el culto fúnebre entre todos
 „los pueblos de la tierra. Todos están igual-
 „mente persuadidos de que el sueño no es dura-
 „ble ni aun en el sepulcro, y que la muerte no
 „es mas que una trasfiguracion gloriosa.”

Sí, la religion de los sepulcros está unida al
 sentimiento de la inmortalidad, y en este punto

(1) Chateaubriand. *Génie du Christianisme*, lib. VI,
 cap. 3.

la experiencia confirma la razon. Jamas en efec-
 to se han visto las cenizas de los muertos mas
 indignamente profanadas que en aquella época
 en que el materialismo mas brutal prevaleció
 entre nosotros: cuando en el hombre que muer-
 re no se ve mas que una máquina que se des-
 compone, ó una planta que se deshace; y quan-
 do se cree que nada queda de él mas que un
 asqueroso despojo, ¿qué veneracion podremos
 tributarle? ¿No nos sentimos por el contrario in-
 clinados á tratarle como el cadáver del animal
 mas inmundo? Si catorce siglos de una piadosa
 veneracion no pudieron salvar de ultrages los
 restos mortales de la patrona de esta capital; si
 se vieron por algun tiempo los huesos mismos
 de Turena descansar al lado de los del elefan-
 te y del cocodrilo, y si tantos ilustres difuntos
 fueron arrojados de su última morada, fué por-
 que la religion misma carecia de asilo, y por-
 que las doctrinas perversas habian casi borrado
 el sentimiento de la inmortalidad. Sí, el sacríle-
 go materialismo fué el profanador de los sepul-
 cros, y la creencia en la vida futura es la que
 los hace venerables.

Habeis visto, señores, como reflexionando so-
 bre la espiritualidad de nuestra alma, sobre sus
 mas íntimos sentimientos, sus mas ardientes de-